

Ricardo E. Latcham

El hombre americano. Teorías modernas sobre sus orígenes

ANTES de todo, es preciso dejar establecido que, al tratar de los orígenes del hombre, ya sea como especie única, ya sea como rama particular de la humanidad, nada sabemos en definitiva.

El mundo científico todavía no está de acuerdo ni siquiera sobre la cuestión de la monogénesis o la poligénesis, es decir, si el hombre se ha originado en un solo punto o si las diferentes razas primordiales han tenido orígenes diversos. No obstante, hoy es generalmente aceptada la primera de estas hipótesis sin que hasta ahora se haya podido resolver el problema de su diferenciación.

No es nuestro propósito examinar aquí las premisas de estas diferentes teorías, sino dedicarnos más bien a pasar breve revista a las ideas modernas respecto de la manera cómo se pobló este continente.

Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo, él y los que le acompañaban creyeron que habían llegado a las Indias y los habitantes fueron mirados como naturales de aquellas regiones y llamados indios. Más tarde, cuando se vino a comprender que se trataba de una tierra hasta entonces desconocida, comenzaron las hipótesis respecto de quienes eran los naturales; las cuales, en general, eran funestas para los indígenas. No encontrándose en las tradiciones hebraicas ninguna mención ni del

continente ni de sus pobladores, se llegó a la conclusión de que los americanos no eran hombres en el sentido bíblico y que por consiguiente no tendrían alma. Este concepto fué desastroso para los indios, ya que motivó la esclavitud y matanza de los naturales en gran escala, antes que fuera combatido por Las Casas y otros.

Más tarde, se buscaron sus orígenes en varias partes del Mundo Antiguo, pero la tendencia general era hacerlos descender de algunos de los pueblos mencionados en la Biblia, porque no se concebía que pudiera haber otros. Gomara, Lerius, Lescarbot y otros sostenían que eran descendientes de las tribus de Canaan, desalojadas por Josué, pero la teoría más aceptada era que los indios americanos representaban las diez tribus perdidas de Israel.

Durante el siglo XIX, las hipótesis, aunque más racionales y fundadas, eran igualmente diversas. Kaimes, Morton, Nott y Gliddon, Quatrefages y otros sustentaban la idea de que los indios eran autóctonos, es decir, que se habían originado en el continente mismo. Grolius creía que Yucatán se había poblado por cristianos etíopes y que las ruinas mayas debían atribuirse a ellos. Según Mitchell los antepasados del hombre americano procedían en parte del noreste de Asia y en parte del Océano Pacífico. Mc. Cullogh opinaba que los indios se derivaban de elementos diversos que llegaron a América desde el oeste, cuando todavía existía en esa dirección un puente terrestre que también dió paso a los cuadrúpedos. Quatrefages miraba a los americanos como resultado de la fusión de la raza fósil de Lagoa Santa en Brasil, con la Paraná y quizá otras, entre las cuales suponía figurar la polinésica. Pickering estimaba que los indios debían su origen en parte a los mongoles, en parte a los malayos.

No obstante, la mayor parte de los etnólogos opinaban que los indígenas de América, con la excepción de los esquimales, descendían de inmigrantes del noreste de Asia y en especial de los tártaros o mongoles.

Los escritores más recientes, con una notable excepción, Flo-

rentino Ameghino, están de acuerdo en que este continente se pobló por inmigraciones sucesivas y multiplicación local; pero la localidad, naturaleza y época de las inmigraciones son cuestiones todavía muy discutidas. Algunos autores, como Hrdlicka, están en favor de una derivación casi exclusivamente del nor-este de Asia. Otros, como Ten-Kate, Rivet, Verneau y otros opinan con Quatrefages que, a lo menos una parte de la población ha tenido un origen polinésico. Brinton creía que los indios llegaron desde Europa, en tiempos muy remotos, cuando todavía estaba unido el Nuevo Mundo con el Antiguo; y Kollmann, fundándose en algunos cráneos muy pequeños, pensaba que antes de los indios actuales, poblaba el continente un pueblo de pigmeos.

Una de las hipótesis que más llamó la atención fué la que, durante los últimos treinta años, formuló Florentino Ameghino, el paleontólogo argentino. Según esta teoría, no solamente el hombre americano, sino la humanidad entera, se originó en Sud-América, diferenciándose en este continente, hasta formar un número de especies, la mayor parte de las cuales se extinguieron. De Sud-América, el hombre se extendió, por una conexión terrestre, hasta Africa, poblando sucesivamente ese continente y la Oceanía. El hombre primitivo, después de esparcirse por toda Sud-América, emigró a Norte-América y desde allí llegó hasta Asia y Europa.

Ameghino fundó su teoría en los restos osteológicos del hombre-fósil que se habían descubierto en varias partes de Sud-América y especialmente en la Argentina, a los cuales atribuyó una edad geológica, hablando de razas cuaternarias y aun terciarias. Por fin, anunció no solamente el descubrimiento de distintas especies humanas de vasta antigüedad, sino el de varios precursores del hombre, relacionados en la época eocena con los pequeños primates sudamericanos de aquel período.

Tanta resonancia adquirieron estos anuncios y, sus consecuencias, al ser comprobadas, habrían sido tan trascendentales para las ciencias antropológicas, que la Smithsonian Institution de Wáshington envió a Sud-América una expedición encabezada por su más renombrado antropólogo, el Dr. Hrdlicka y

un geólogo de muchísima experiencia y criterio, el Sr. Bailey Willis. Estos profesionales, después de un estudio detenido y prolijo de todos los restos y de un examen minucioso del terreno en que se habían hecho los descubrimientos, llegaron a conclusiones completamente adversas para las teorías de Ameghino.

En uno de sus artículos, Hrdlicka hace el siguiente resumen de sus deducciones: «Un estudio concienzudo de todos los hechos presentados demuestra que toda la estructura erigida en apoyo de la teoría del hombre geológicamente antiguo en el continente meridional descansa sobre datos muy imperfectos y erróneamente interpretados y, en muchos casos, en premisas falsas. Como consecuencia, se desmorona completamente cuando se somete a una crítica rigurosa. No puede sostenerse la pretensión de que hasta ahora se hayan presentado vestigios tangibles ni del hombre de antigüedad geológica, ni de los precursores de la raza humana. Sostengo la opinión, la que me parece debe mantenerse por todos los investigadores, que la aceptación definitiva de la evidencia sobre este punto no podrá justificarse hasta que se haya acumulado un conjunto de observaciones estrictamente científicas, suficientes en calidad y en número para establecer, sin lugar a dudas, una proposición de tanta trascendencia».

Además de las teorías citadas, debemos mencionar la que supone que los americanos pueden haberse originado en la tierra sumergida de Atlantis y la que habla de un continente perdido en el Pacífico que pudo ser la morada original del indio.

Tampoco han faltado quienes insinuaran que, en vez de haberse poblado América desde Asia, la corriente migratoria probablemente tuvo una dirección inversa, poblándose la Siberia desde América.

Estas son algunas de las más importantes de las teorías especulativas que se han formulado respecto de la población del hemisferio occidental, ninguna de las cuales ha sido universalmente aceptada, habiéndose encontrado objeciones fundamentales a todas ellas.

Durante los últimos treinta años, el mayor interés en las cuestiones antropológicas ha hecho que se intensificaran dichos estudios. Nuevas investigaciones se han realizado en todas partes del mundo habitado. Los gobiernos, los cuerpos docentes, las instituciones científicas y aún muchos particulares desprendidos han costado expediciones a los últimos rincones del mundo para que se estudiaran en su propio medio los pueblos más primitivos, que ya desaparecen rápidamente; a la vez que se han encargado excavaciones en vasta escala, destinadas a reconocer la cultura y modo de vivir de las pasadas generaciones y las relaciones que puede haber tenido un pueblo con otro.

Gracias a todas estas investigaciones, tenemos actualmente un acopio de informaciones y datos precisos que nos permite afrontar los antiguos problemas con mayor discernimiento; pero, a la vez, ha creado una nueva serie de problemas, insospechables a mediados del siglo pasado. Si antes la escasez de elementos comparativos constituía una seria dificultad, hoy, su número, su complejidad y sus aparentes contradicciones impiden, en cierta manera, una fácil coordinación de sus enseñanzas y han dado lugar a una nueva serie de teorías tan diversas como las anteriores, aunque mejor fundamentadas.

Por otra parte, en nuestro concepto, estamos todavía en la época de reconstrucción y de clasificación de los hechos, y aun no ha llegado el momento de generalizar. Pasará mucho tiempo antes que los datos recogidos sean debidamente cotejados, comparados, pesados y digeridos lo suficientemente para darles su verdadero valor y perspectiva. Entretanto se formarán escuelas que preconizarán sus teorías particulares, por lo general poco duraderas, por ser demasiado parciales. Si se examinan las premisas de tales teorías de una manera superficial parecen, por la mayor parte, perfectamente lógicas; pero una crítica más profunda demuestra generalmente que sus autores han hecho caso omiso de otras series de hechos y factores que, a menudo, son completamente contradictorios y echan por el suelo, o cuando menos, hacen más dudosas las conclusiones avanzadas. Esto

proviene de la costumbre de dar preferencia a cierta categoría de hechos y desestimar la evidencia de otras.

Las categorías a que hacemos referencia son tres: la antropológica, que trata principalmente de la estructura y los caracteres somatológicos o físicos del hombre; la lingüística, que se ocupa de las lenguas de los diversos pueblos, sus relaciones entre sí y su dispersión antigua y moderna; y la cultural, que se dedica a estudiar el desarrollo mental e industrial de la humanidad y los paralelismos o las diferencias que se hallan en las diversas partes del mundo.

Pero resulta que ninguna de estas categorías es, por sí sola, bastante concluyente. A todas ellas, aisladamente, se pueden oponer serias objeciones. Por lo tanto, en la actualidad, no se considera comprobada una hipótesis respecto de los orígenes de un pueblo, mientras no concuerdan en su evidencia dos o preferiblemente las tres categorías de hechos. Por ejemplo: si hallamos en América tipos humanos que en sus caracteres físicos se acercan mucho a otros en el noreste de Asia, únicamente podemos hablar de una posibilidad de que hayan tenido un solo origen. Si por otra parte, la lingüística nos asegura que estos dos grupos hablan o hablaban lenguas que indudablemente se desprendieron del mismo tronco, la probabilidad llega a ser casi certeza; y, cuando a estos hechos comprobados, la etnología nos agrega que el cuerpo de creencias, de supersticiones, de costumbres y prácticas es idéntico o muy semejante y que sus industrias, artes, organización y manera de vivir son iguales o parecidas, entonces se elimina la última duda y no tenemos más que admitir la comunidad de origen.

Entretanto, esto se ha hecho, hasta el momento, en muy pequeña escala y la mayoría de las deducciones e hipótesis son unilaterales e incompletas.

Cada uno favorece su estudio favorito. Así el antropólogo da más importancia a los caracteres físicos y somatológicos de los pueblos que estudia y su tendencia es formular sus teorías casi exclusivamente sobre esta clase de hechos. El filólogo, por el contrario, considera muy mutables los caracteres antropoló-

gicos y más estables y seguros los indicios de la lingüística; mientras que el etnólogo estima que la dispersión de la raza humana puede seguirse trazando la migración de las costumbres, artes, creencias e industrias en las diferentes tierras del globo.

Todos estos sistemas son de gran utilidad, pero ninguno de ellos solo puede resolver en último término la cuestión de los orígenes.

Hasta ahora, a pesar del enorme adelanto experimentado en los últimos decenios, nuestros conocimientos son fragmentarios y no siempre los estudios hechos en las tres categorías corresponden a la misma localidad, al mismo pueblo o a la misma época. La arqueología, por ejemplo, nos proporciona datos preciosos sobre la vida de los pueblos desaparecidos hace muchos siglos, sin que, a menudo, pueda darnos una sola noticia sobre la lengua que hablaban. A veces también, se descubren artefactos que han resistido los ataques del tiempo, cuando se ha destruido todo vestigio de los huesos humanos que habrían ayudado a identificar el pueblo al cual pertenecían. En semejantes casos, solamente se pueden hacer conjeturas sobre el origen de dichos pueblos, más o menos probables, según las demás circunstancias.

Entre las hipótesis que se han formulado durante los últimos años respecto del origen de los indios americanos, hay dos o tres que, por la discusión que han provocado, merecen mencionarse.

Una de ellas es la que propagó la llamada escuela de Manchester, (compuesta principalmente de los profesores de la Universidad de aquella ciudad), iniciada por su jefe Elliot Smith y sostenida por sus discípulos Jackson, Perry y Rivers. Elliot Smith se había dedicado especialmente al estudio de la egiptología, y durante los últimos veinte años, también al de los orígenes americanos. Sus investigaciones versaron especialmente sobre los aspectos culturales de las antiguas civilizaciones. Llegó a convencerse de que las viejas culturas del mundo tuvieron su origen en el valle del Nilo y que todos los principales adelan-

tos materiales, invenciones y aun progresos mentales emanaron de esa fuente única, para esparcirse después por todo el globo. Este conjunto de costumbres, creencias, industrias, elementos arquitectónicos y artísticos fué llamado *civilización heliolítica*, nombre inventado por Brockwell.

En especial, encuentra que las antiguas culturas americanas —la maya, la mejicana y la peruana, como también la oceánica, presentan tantas analogías con la egipcia que no puede dudarse que tuvieron su origen en ésta.

A pesar del gran número de argumentos que presenta en apoyo de su teoría, el mundo científico, en general, ha recibido con bastante frialdad sus conclusiones y algunos etnólogos la han criticado severamente.

Otra escuela, la histórica-cultural, cuyos principales exponentes son Foy, Ackermann, Graebner, los Padres Schmidt y Koppers y otros también, fundándose principalmente en el estudio de las culturas materiales y las analogías psicológicas de los pueblos, estima que una gran parte de la América y especialmente el continente meridional ha recibido una parte considerable de su población de la Indonesia y Melanesia. Basa sus argumentos en la monogénesis de las principales invenciones de la humanidad. Alega que no es probable ni siquiera posible que las mismas ideas hayan originado espontáneamente en diversas partes del mundo o en distintas épocas. Una vez inventadas las artes, industrias, creencias o costumbres se han repartido en el mundo entero por difusión y no por la recurrencia de idénticas ideas en diversos centros.

Desechando los conceptos *a priori* de los evolucionistas, funda sus teorías sobre una base histórica. Estudia primero los pueblos más primitivos que subsisten actualmente o de que existen noticias históricas, y sobre los hechos así comprobados funda sus comparaciones con pueblos más desarrollados, como igualmente con los que han desaparecido, pero cuya arqueología se conoce.

Llega a una conclusión diversa de la sustentada por la escuela evolucionista, la cual considera que el desarrollo cultural

y mental del hombre pasa por las mismas etapas sucesivas en todas partes, para llegar a los mismos o parecidos resultados. Declara que la unidad en la evolución cultural de los hombres jamás ha existido y que las formas culturales de los pueblos primitivos no presentan fases distintas de una misma evolución sino evoluciones múltiples y heterogéneas entre sí. Por ejemplo, Graebner dice: «Se ve más claro este cambio de opiniones científicas en la concepción del llamado *matriarcado*. Muchos pueblos viven, como es sabido, en estirpes, grandes familias u otras formas sociales que rebasan el perímetro de la familia singular. Pero diferéncianse unos de otros en que en unos los hijos pertenecen a la estirpe del padre, y en otros a la de la madre. En el primer caso decimos que hay *patriarcado*; en el segundo, *matriarcado*. Ahora bien, antes imperaba sobre este punto la opinión de que se trataba de dos fases de la misma evolución. Considerábase el matriarcado como el sistema más antiguo, precedente, a su vez, de un estado en que no existía el matrimonio y al que se daba el nombre de *promiscuidad*; porque en este estado, es claro que los hijos debían ser atribuidos a la madre en virtud del principio: *mater certa, pater incertus*. Sólo en el estado posterior de matrimonio—decíase—ha sido bastante intensa la influencia del padre para adquirir un poder decisivo sobre sus hijos y adscribirlos a su estirpe. Pero el conocimiento más exacto de los pueblos salvajes, precisamente de los más primitivos, nos ha enseñado que ese estado de promiscuidad en las comunidades, es una hipótesis sin fundamento, o mejor dicho, un parto de la fantasía; que ni siquiera ciertos vestigios de matrimonio por grupos—supuesto estado intermedio entre la promiscuidad y el verdadero matrimonio—pueden considerarse como formas primarias, sino secundarias, que justamente, los pueblos más primitivos viven en monogamia, indudable, y que, en fin, no puede afirmarse que en toda ocasión el estado cultural de los pueblos matriarcales sea más primitivo que el de los patriarcales. La etnología ha llegado a convencerse de que los sistemas patriarcales no han imperado jamás en todos los pueblos de la Tierra, sino que

representan la evolución definida de ciertos grupos, caracterizados sobre todo por sus particularidades económicas. En muchos pueblos, por ejemplo, los indo-germanos, no hay ninguna razón para admitir un remoto estado matriarcal en la constitución de las estirpes... Pues ya no basta suponer que todas las series históricas procedan de un fondo originario, común y neutral, sino que es necesario descubrir los pilares verdaderos sobre que descansa, en última instancia, el edificio, llegando hasta donde nos permitan nuestros medios actuales.

En cuanto a las ideas de esta escuela respecto de la población de América, no todos sus sustentadores están de acuerdo en todos los puntos relacionados con ella. En general, admiten que los habitantes de este continente se han derivado, lo mismo que sus culturas, de varios centros más antiguos, como el norte y noreste del Asia, la Mongolia y la Austromelanesia.

Funda sus conclusiones, como hemos dicho, principalmente en las analogías culturales y hace tiempo anunció que los Fueguinos debían, en un tiempo, haber tenido relaciones estrechas con los Australianos. Esta declaración se recibió con cierto escepticismo y se consideró poco verosímil. Hoy, sin embargo, se puede aceptarla, por extraña que parezca, como una cosa comprobada.

Al enunciar la idea, los fundamentos eran escasos, dudosos y puramente culturales. Estribaban en el hecho de hallarse en ambas zonas, el uso de capas de pieles, la construcción de habitaciones en forma de colmenas, el mismo método de torcer las fibras vegetales para fabricar sus hilos y cordeles y el empleo de embarcaciones hechas de la corteza de árboles.

Estas analogías pertenecían a una sola de las categorías de pruebas de que hemos hablado y no indicaban sino una remota posibilidad. Luego los estudios anatómicos efectuados por Verneau, en una serie de restos osteológicos hallados en los antiguos paraderos de la Patagonia, indicaron que éstos presentaban ciertos caracteres australoides. Como se trataba de un pueblo desaparecido, no se le relacionaba con los fueguinos actuales y el hecho se olvidó.

En los últimos dos o tres años, sin embargo, se ha estudiado con mucha atención los cráneos fueguinos llevados a Europa por el Padre Martín Gusinde, ex-jefe de sección del Museo de Etnología y Antropología de Santiago, y se ha comprobado de una manera bastante satisfactoria, que varios cráneos de los Onas presentan caracteres esencialmente australoides. Con esta comprobación, el hecho, antes considerado simplemente como posibilidad, se robusteció y llegó a convertirse en una gran probabilidad. Sólo faltaba la confirmación lingüística para convertirse en certeza; y esta prueba no tardó en producirse. El Dr. Paul Rivet, al hacer un estudio comparativo entre las lenguas australianas (todas o casi todas derivadas de un mismo tronco) y las del grupo Tshon, que incluye las de los Patagones y los Onas de Tierra del Fuego, halló, en un corto vocabulario, más de 70 voces y raíces que, en su fonética y en su significado, eran iguales en los dos grupos de lenguas; estableciendo, sin ningún lugar a dudas, que los dos pueblos—los Onas y los Australianos—si no tuvieron el mismo origen, a lo menos habían vivido en algún tiempo en íntimo contacto, entremezclándose mutuamente.

Debe acreditarse a esta misma escuela otra victoria parecida. Hace algunos años, había llamado la atención hacia el hecho de que muchos de los elementos comunes a las antiguas culturas del norte y del noroeste de Sud-América, de Centro América, la parte meridional de Méjico y parte de la costa de California, presentaban grandes analogías con los de la Indonesia, la Melanesia y la Polinesia, y sostenía la teoría que dichos elementos debían haber llegado a América desde la Oceanía.

Con anterioridad, Rivet y Ten-Kate al estudiar diferentes series de cráneos del Ecuador y de California, habían llamado la atención a ciertos caracteres que los acercaban al tipo de cráneo de los polinesios. Posteriormente, Verneau halló los mismos caracteres en los cráneos colombianos. Existían grandes probabilidades entonces que hubiesen existido relaciones directas entre las dos regiones. Pero, como en el caso anterior, faltaban las confirmaciones lingüísticas. Tocó otra vez al Dr. Rivet des-

cubrir la evidencia que convertía la probabilidad en *certidumbre*. Comparando las lenguas Hoka, habladas en la costa del Pacífico desde Oregón hasta el istmo de Tehuantepec en el sur de Méjico, con los dialectos Melaneso-polinesios, en un vocabulario de 160 palabras, halló que 140 de ellas eran comunes a los dos grupos de lenguas, con los mismos significados.

Alentado por este descubrimiento, que dejaba en claro las relaciones entre la América y la Oceanía, el joven argentino, Enrique Palavecino, se puso a comparar la lengua *maori*, de los naturales de Nueva Zelandia y la *quechua*, hablada por los indios peruanos. Aquí se pudo establecer nuevamente, aunque en menor grado, que el idioma americano había sido influenciado por las lenguas oceánicas, hallándose 65 correlaciones entre las voces comparadas. Por su parte el Prof. Imbelloni, de la Universidad del Litoral, Paraná, también ha descubierto que muchas otras voces de las lenguas sudamericanas son comunes a las polinesias. Lo que más nos interesa por el momento es que un vocablo que consideramos exclusivamente araucano—la palabra *toki* o *toqui*, hacha o insignia de mando—y cuyo uso se había extendido a las lenguas de los patagones y de los peruanos, es igualmente usado con el mismo significado en la isla de Pascua, en Nueva Zelanda, Tonga, Las Islas Marquesas, Samoa y Tahití. Hoy no puede quedar duda de que han existido relaciones prehistóricas entre la Polinesia y Melanesia por una parte y las costas americanas por la otra.

Hrdlicka, quien, quizá más que cualquier otro ha estudiado al hombre americano desde el punto de vista de la antropología física, formula las siguientes conclusiones respecto del origen de esta raza:

«1.^a No existe evidencia aceptable, ni probabilidad siquiera, que el hombre se haya originado en este continente;

2.^a El hombre no llegó a América sino después de alcanzar un desarrollo superior al del hombre paleolítico de Europa y después de haber pasado por una serie de diferenciaciones que le dividía en un número de sub-tipos, distintos en sus caracte-

res secundarios, aunque no lo suficientemente para eliminar el tipo genérico, el que es igual en todo el continente;

3.^a Mientras que el hombre, desde que comenzó a poblar América ha recibido numerosas modificaciones secundarias sub-raciales y locales en su estructura, no puede considerarse que éstas sean fijas o que hayan obliterado el tipo primitivo y persistente.

Estima que el hombre americano se originó en el Asia, y que llegó en una sucesión de olas o migraciones. Dice: «Los inmigrantes, aunque todos pertenecían a la misma raza fundamental, no eran estrictamente homogéneos, sino que representaban varios distintos sub-tipos de los pueblos pardoamarillentos, con diferencia de cultura y de lengua.

El primero de estos sub-tipos era, según muchas indicaciones, el elemento dolicocefalo, representado en Norte América, hasta ahora, por las grandes ramas Algonquina, Iroquesa y Shoshoneana; más al sur, por las tribus Piman-Aztecas y en Sud América, por muchos ramales que se esparcieron por extensas regiones, desde Venezuela y las costas del Brasil hasta Tierra del Fuego.

En seguida llegó el tipo que Morton llamó Tolteca, tan indio como el anterior, pero señalado por su braquicefalia. Este tipo, con el tiempo se esparció por el noroeste del continente, el centro y sureste de los Estados Unidos, las costas del golfo de Méjico, las Antillas, Yucatán, una gran parte de Méjico, Centro América y por fin llegó a las costas del Perú y otras partes de Sud América.

Por último llegaron los esquimales y las tribus Atapascas. Éstos, hallando cortado el camino hacia el sur, por las tribus llegadas anteriormente, tuvieron que quedarse en las regiones árticas y sub-árticas, donde todavía habitan.

Como conclusiones, deduce Hrdlicka, que: los indios de América representan, en general, una sola raza u *homotipo*, que es idéntica con la de los pueblos pardo-amarillentos de Asia y Polinesia. La inmigración ha tenido lugar por las rutas septentrionales, no en masa, sino, con toda probabilidad, por pequeños

grupos. Es también probable que durante los últimos dos mil años, las costas occidentales, en varias ocasiones, han sido visitadas por pequeños grupos de polinesios y que por las costas orientales hayan llegado igualmente algunas partidas de hombres blancos, y que estas migraciones pueden haber influenciado las culturas locales, sin modificar el tipo físico de la población.

Ésta, en general, parece ser la teoría más aceptable y más en conformidad con los hechos en cuanto los conocemos hoy.

Es interesante citar en este respecto, la opinión enunciada por Renato Biasutti en 1912, en que aparentemente combate la teoría de Hrdlicka, aunque en el fondo encierra el mismo concepto fundamental.

Después de analizar los caracteres físicos de todas las variedades del hombre americano, declara lo siguiente: «muy lejos de ser *homotipo* la humanidad de América, se presenta compuesta de elementos heterogéneos, casi como si ese territorio fuese, desde el principio, destinado como un enorme crisol para formar la sede de repetidas fusiones, así como hoy es el teatro de la más inverosímil amalgama de criaturas humanas».

Según la teoría de Biasutti, en el hombre americano se halla una mezcla de caracteres australianos, caucásicos y asiáticos. Esta mezcla la explica gráficamente por el siguiente esquema:



Las razas más afines están unidas por líneas continuas y las más diferenciadas por puntos.

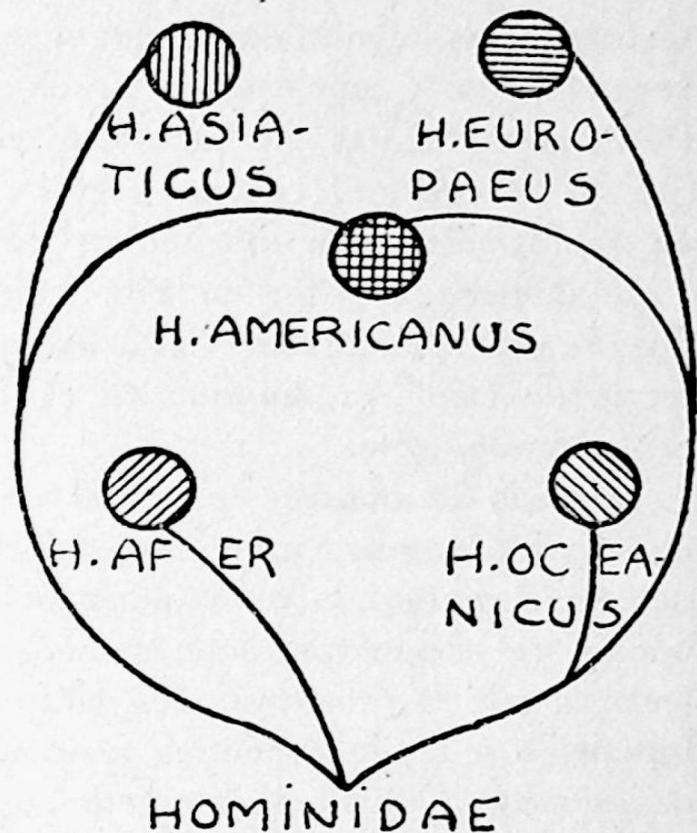
Con otro gráfico explica sus ideas respecto del origen de las distintas razas primordiales y la posición intermedia que ocupa entre ellas el hombre americano.

Como resumen de las diversas ideas que parecen acercarse más a la verdad en cuanto se puede juzgar por nuestros actuales conocimientos, nos permitimos formular la siguiente síntesis:

Sin tocar el punto de los últimos orígenes de la humanidad, encontramos desde tiempos muy remotos tres razas primordiales, distinguibles a primera vista por el color de su piel: la blanca, la amarilla y la negra.

Contrariamente a lo que antes se creía, ahora se sabe que el hombre blanco apareció primero en Europa y en sus migraciones llegó a Asia, formando allí los llamados pueblos arios de aquel continente.

Al Este y Sureste del mismo continente y en las islas y archipiélago de la Malasia habitaba la raza amarilla, mientras que en la Micronesia y en Africa hallamos la raza negra. No se saben las causas de la diferenciación de estas razas primordiales, ni la razón de su distribución primitiva. Todo lo que se ha dicho sobre estas cuestiones no son más que conjeturas, sin ningún fundamento seguro. Lo que sí, parece indudable, es que la fusión de estas tres razas en diferentes proporciones y la subsiguiente intermezcla de los tipos así producidos, dió origen a las numerosas variedades del hombre que hallamos poblando el mundo en épocas posteriores. Una fusión de esta naturaleza, en que tomaron parte las tres razas, produjo el hombre pardo-amarillento, y las principales diferencias que se notan en este tipo se deben a la preponderancia ya de una, ya de otra de las



razas primordiales en la fusión, aunque de las mezclas entre sí de estos sub-tipos, nacieron después algunas variedades secundarias.

Los pueblos pardo-amarillentos poco a poco se extendieron por las islas de la Melanesia y la Polinesia, por todas las partes desocupadas del Asia occidental y septentrional, y con el tiempo pasaron, en una sucesión de pequeñas olas, al continente americano.

Así se explica que el hombre americano, desde su aparición en el continente, presente numerosas diferencias estructurales y somatológicas, pues parece evidente que todas las inmigraciones no eran de miembros del mismo grupo, ni hechas en la misma época.

La diferencia de proporción en las mezclas de las tres razas primordiales es de bastante importancia, pues explica porqué los diversos sub-grupos formados no eran todos iguales o parecidos. Las razas blanca, amarilla y negra no sólo se diferenciaban por su color, sino que también, la mayor parte de sus demás caracteres físicos y aún psicológicos, eran distintos, de manera que los sub-grupos se acercarian más a la cuya proporción era más intensa en aquella mezcla particular.

Por otra parte, estos sub-grupos también se cruzarian constantemente entre sí, dando lugar a nuevas modificaciones y es indudable que esta diferenciación había progresado bastante antes de que los pueblos formados por tales mezclas comenzaran sus emigraciones a América, continuándose después en su nueva morada.

Por eso, Biasutti encuentra en los pueblos americanos, elementos de las tres razas primordiales, en un sinnúmero de proporciones y los considera heterogéneos. Hrdlicka, por otra parte, estima que la fusión se llevó a cabo en el Antiguo Mundo, formándose con la amalgamación una cuarta raza que llama la pardo-amarillenta, cuyos caracteres esenciales llegaron a fijarse. Esta nueva raza forma su *homotipo*; pues considera que, después de su llegada a América, sus modificaciones han sido sólo secundarias, sin cambiar esencialmente el tipo general, que él

considera fijo. De manera que, en el fondo, estos dos antropólogos están de acuerdo en que los pueblos americanos se han derivado de mezclas íntimas, en diferentes proporciones, de las tres razas primordiales, y que las numerosas variedades del indio se deben a las constantes fusiones de los sub-tipos así producidos.

Al estudiar la manera como debe haberse poblado América, debemos convenir en que no es necesario ni probable que se haya efectuado por una sola inmigración en masa. Nada impide que su poblamiento haya demorado miles de años. La opinión más prudente y más lógica es que se haya producido por una serie prolongada de migraciones, en pequeña escala, en épocas escalonadas y que hayan tomado parte en estas sucesivas invasiones pueblos ya diferenciados. Así se explica más fácilmente, no sólo la diversidad de las tribus, sino también las diferencias, a veces grandes, en las culturas que se hallan establecidas en el continente.

Es casi seguro también que la mayor parte de las inmigraciones sucesivas vinieron por el camino del norte, pasando por el estrecho de Behring o por las islas Aleutianas. Esto no impide que pequeños grupos de la misma raza pardo-amarillenta, que pobló gran parte de la Indonesia y la Melanesia y muy posteriormente la Polinesia, hayan llegado por mar a las costas centrales de América, trayendo consigo elementos de su cultura. Estos elementos, diferentes y tal vez más adelantados que los nativos, se arraigaron y se extendieron, al igual como algunos de los elementos lingüísticos de los nuevos venidos, mientras que sus caracteres somatológicos se perdieron en su mayor parte en las numerosas mezclas étnicas que se efectuaban constantemente, apareciendo de vez en cuando como alavismos, entre los pueblos radicados.

Aun cuando, hasta cierto punto, estas hipótesis son conjeturales, no obstante, los nuevos detalles que se descubren a diario, las van convirtiendo en hechos probables y en algunos casos ya quedan completamente comprobadas.